

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA
¡RECUERDA!

M. M^a DEL PRADO GONZÁLEZ HERAS
COMUNIDAD DE LA CONVERSIÓN (HH. AGUSTINAS)
BECERRIL DE CAMPOS (PALENCIA)

PRELUDIO. EL CANTO AGRADECIDO

“Somos hijos de la resurrección”¹ y “nuestro canto es ¡Alelu-ya!”². La Pascua es el centro de todo, el origen de todo, el nuevo comienzo que remite al comienzo primordial de la fe y que se abre al futuro escatológico. Desde ella es posible mirar hacia atrás y entender... Un hombre contando estrellas o la arena de las playas, asombrado por la promesa; una zarza ardiendo, el Innombrable Nombre escuchado por un oído humano, un pueblo cruzando a pie enjuto mares, protegido por la nube y el fuego; el desierto, el pan sin cuerpo y el agua brotando de la roca; oráculos proféticos, la luz más clara, historia tras historia, humana y divina, entretejidas... Belén de Judá, una madre y un Hijo que nos ha sido dado, el Reino tan cerca, los ciegos, ven, los cojos, andan; los pobres, humildes, pacíficos, limpios de corazón, perseguidos... bendecidos... La luz pascual proyecta su haz sobre el horizonte y, apartado el velo, se ilumina lo que ha de venir, una eterna primavera estallando en el mundo entero, el mayor esplendor que la gloria concedió a la tierra, la sobreabundancia aún en medio de escaseces, los cielos destilando el rocío, la Iglesia, nuevas pasiones, la imparables fecundi-

¹ S. AGUSTÍN, *Serm.* 157, 6; *Com. al Salmo* 144, 6.

² AGUSTÍN, *Serm.* 255, 1.

dad, las sombras todavía, pero la esperanza, la esperanza ya siempre...

La Eucaristía recoge todo el don para ser vivido, revivido, acogido de nuevo, siempre eficaz, prístino don que no merma, siempre entero. La Eucaristía concentra en sí todos los maravilla de Dios, todo está aquí, en esta celebración dichosa y real del *mysterium fidei*, todo se revive eficazmente en ella... La pascua del Señor siempre es como la primera, sin envejecimiento, sin empobrecimiento...

De nuevo, cada día, se nos vuelve a dar Él. Nuestro canto no puede ser otro: ¡Aleluya!

La Eucaristía es el centro.

Todo acto de adoración eucarística nos encamina a participar más plenamente en el misterio pascual, del que es prolongación y referencia, reavivando la memoria de lo que el mismo misterio celebra; a recordar los maravilla de Dios en nuestra propia vida; a amar más a Cristo, a través de un encuentro y diálogo íntimo, por quien vamos al Padre en el Espíritu. Es adoración, contemplación y acción de gracias y oración de petición solidaria por todo hombre, especialmente por el más necesitado, más alejado, más débil; es oración por la paz y la justicia, por la salvación de todos; es el fortalecimiento de la fe, la esperanza y la caridad; es una oración de conversión, transformación y renovación; es una oración que debe lanzarnos al mundo con el ardor de los apóstoles...

I. UN TEMA PARA UN ORATORIO EUCARÍSTICO

El canto del Aleluya pascual es el momento de apoteosis del drama religioso, del drama que cuenta el encuentro de Dios con el hombre, en la persona de Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, el que nos ha dado la vida. Es un Aleluya pascual extraído de un posible Oratorio.

Imaginamos el plan de esta obra espiritual. El tema central de nuestro Oratorio eucarístico, de nuestra adoración eucarística, podría ser la memoria pascual y lo podríamos desarrollar en varios movimientos: la donación de la luz, el esplendor luminoso que se ofrece a la vista del creyente en Cristo Jesús; Cristo como fundamento, contemplado y amado por la Iglesia;

El drama trágico del olvido, por parte del hombre, del fundamento y la pérdida de la luz, de la esperanza; el camino de retorno: la memoria, que va a desembocar en el final triunfal: El memorial pascual, la Eucaristía. Todo ello contemplado en el acto concreto de adoración del misterio, del sacramento expuesto. Ante tamaño tema será justo intercalar las diversas voces que aparecen: las del coro que nos narra la historia a recordar o el drama que se avecina, la de los cantores interpretando los motetes, la del oficiante que recita el sermón, la de los madrigalistas, los diálogos, las arias, los recitativos, el continuo del órgano, la orquesta... para terminar en nuestro íntimo canto de gratitud y gozo inimaginable.

El Aleluya final se entona cuando se comprende de dónde venimos, se canta estremecidamente con los demás hombres cuando recordamos nuestra salvación, al que vino a buscarnos cuando andábamos perdidos, olvidadizos, en tinieblas... Nuestra oración ante el Señor Eucaristía quiere transcurrir por el camino de la anámnesis litúrgica y así agradecer el Don recibido.

1. *La donación de la luz*

La obertura del libro del Apocalipsis es una impresionante liturgia de la luz presidida por el Cordero inmolado, por Cristo Mesías, dador de la luz a las siete iglesias de Asia. Son los comienzos de las comunidades cristianas de Asia, alrededor del año 90.

Jesús aparece a los ojos del vidente revestido de luz, de una fuerza imponente. Es “el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra”. Es el que nos ama y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre, es a quien debe ser dada la gloria y el poder, el es que es, el que era y el que va a venir (Ap 1,4-6), es ante quien no se puede ocultar el rostro (Is 53,3), el que será visto hasta por los que le traspasaron (Jn 19,37); es por quien el mundo entero ha hecho duelo... Percibimos un eco de antiguas liturgias con preciosos signos y símbolos: cordero, sacerdote, primogénito, testigo...

Entre los siete candeleros de oro está Él, como un Hijo de hombre, vestido como sacerdote, como rey; tiene la blancura de

la eternidad, la mirada ardiente de la sabiduría, metal precioso como pies...voz de cascadas. Y en las manos siete estrellas... su rostro “como el sol cuando brilla con toda su fuerza”.

Es una epifanía apocalíptica y la luz sobreabundante lo llena todo. El hombre cae a sus pies como muerto. Pero la Luz es un don que da vida al hombre.

La voz del narrador la intuimos sobrecogida por la magnificencia de la Luz, de la misteriosa visión que se le presenta. Introduce otra voz, “como de trompeta”, en el relato. Es una aria en el que el mismo Jesucristo se revela al hombre en su majestad, como Señor, Mesías y Juez.

Se nos ha dado la luz pero se nos avisa también sobre su pérdida: “Pero tengo contra ti que has olvidado tu amor primero...arrepíentete y vuelve a tu conducta primera. Si no, iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero...” (Ap 2,4-5).

Así, pues, el olvido del amor primero, del amor en el que todo queda fundamentado, del amor que nos lo ha dado todo, que se ha dado a sí mismo, arrasa la luz y oscurece la esperanza y sin esperanza ni hay origen ni hay futuro. La vida queda detenida en un sospechoso y angustioso presente. Retenida en el hoy.

Un día, puede ser que alguien nos diga “y vosotros, cristianos, ¿qué habéis hecho de la luz?” como escribía Ch. Pegúy. Puede ser la pregunta de un juicio.

2. Cristo, nuestro fundamento

Cristo se presenta en la visión apocalíptica como el centro de todo, es el fundamento de la Iglesia, del que procede todo don. El centro mismo de todo el libro es Jesucristo, él inicia el relato y por él, al final gime el Espíritu y la Esposa exclamando el gemido de toda la humanidad a su Dios y Señor: ven (Ap 22,17).

Jesucristo es el centro de la vida. Toda nuestra existencia no es sino la posibilidad y oportunidad de dar una respuesta a la pregunta del encuentro: ¿Quién dice la gente que soy yo? (Lc 9,18)

Hay algo más la vida y la luz son dos palabras primitivas en la historia humana, porque la vida como la luz no es una cosa junto a otras, vida es luz y luz es vida y esto lo ha intuido el hombre siempre. Por lo tanto, el relato de la visión del discípulo nos habla o quiere hablarnos de la donación máxima hecha por

Dios en Cristo, luz-vida, vida verdadera y por lo tanto permanente y eterna.

Si Cristo es la luz y es la vida es pues el fundamento de todo y entendemos por fundamento aquello que nos precede, que nos sostiene y que nos da sentido. Es una descripción del don en una dimensión lineal que señala un antes, un ahora y un después y que quiere significar la más intrínseca de las características del fundamento: que siempre es, ha sido y será. Que el fundamento no es algo de lo que se puede prescindir, que no es válido para un momento específico y después pierde valor, que no aparece y desaparece, que no es aleatorio el que esté o no esté, que no es manejable o manipulable porque es antes de nosotros y no tiene en nosotros su razón de ser, que no es reducible, que no se puede degradar o devaluar, que no se puede destruir, que es imposible olvidar...

3. *El drama del olvido*

“Pero tengo contra ti que has olvidado el amor primero...” (Ap 2,4). Así entramos en el drama, donde el hombre desdobra, multiplica, sus voces interiores, las hace dialogar, encrespase, ir muriendo o acallándose, desesperadas. El paroxismo del drama es este silencio del olvido. “Has olvidado”. ¿Qué es el olvido?

Olvidamos para resistir la inclemencia de la existencia, para defendernos del golpe duro y seco de la existencia. Olvidamos para reponernos, para poder continuar, para seguir caminando...

El olvido es un modo de zafarse de la tutela de Dios. Creemos que siendo nosotros los señores todo irá mejor, se podrá controlar mejor. Sutil y antiguo engaño, la mayor de las ignorancias, sobre todo cuando se olvida lo esencial, lo que da sentido a la propia existencia. El hombre puede perderse en una maraña de cosas que le hagan olvidar esto, aunque por mucho que se enrede y olvide no pueda conseguir que desaparezca lo olvidado del campo de las realidades esenciales. Ello sigue allí, es la roca en la que se fundamenta todo, el origen, y es difícil cegar el nacimiento de un río y pretender su muerte, así definitiva. Ignorar que el fundamento sigue ahí es un gran déficit en

el conocimiento que el hombre tiene de sí mismo, del mundo, de Dios.

Lo que es cierto es que es posible olvidar: vivir como si no existiese o habiendo perdido la conciencia de su existencia. Olvidamos la luz recibida, la vida donada, olvidamos el fundamento que no es otro que Jesucristo.

Es, pues cierto que el hombre olvida con frecuencia lo más importante de su vida. Sí, es posible olvidar. Pero, nos podríamos preguntar: nuestro olvido ¿tendrá tanta eficacia como para poder arrancar el fundamento, dinamitar la roca? ¿Hará desaparecer la tierra que nos sostiene y dejarnos suspendidos en el éter sin suelo firme bajo los pies?

Pero olvidar el origen es perder el sentido del mismo presente y cegar todo horizonte. Olvidar el fundamento de amor que precede a todo es pactar con la desesperanza y quedar anclado, estático, como roca de sal en un ahora sin dimensiones.

El olvido es, por tanto, la inconsciencia máxima, la ignorancia voluntaria que puede hacerse invencible, que nos conduce hacia la lejanía de la verdad que salva, hacia la desesperanza entonces, hacia el vacío que no deseamos, hacia el absurdo del que queremos huir, hacia la pérdida de sentido por tanta incongruencia e inconsistencia.

Podríamos añadir otra pregunta: *¿y será posible olvidar para siempre?* ¿El olvido de unos puede sellar para siempre la puerta de la memoria? ¿Para siempre?

Porque existiendo el fundamento más allá de nuestros olvidos ¿no surgirán, un día cualquiera, las preguntas en aquellos hijos nacidos precisamente de los “padres del olvido”? ¿Será posible que el hombre que se detiene a buscar, que se para ante las cosas, ante el mundo, que entra dentro, no choque inesperadamente, aunque esté avisado de que es mejor seguir adelante sin reparar en ello, no choque inesperadamente con la pregunta clave, con el sentido último, con el fundamento con el que no contaba?

Los padres del olvido y de la muerte de Dios tuvieron -¡tienen!- una decidida voluntad de suprimir la tierra firme donde se asienta el universo, firme fue su voluntad de no dejar de ella huella posible. De cambiar de dioses. Pero los que nacieron y nacerán después, ¿no se detendrán a mirar por dónde caminan, no sentirán la gran inseguridad al heredar esos ca-

minos impracticables? ¿no se harán preguntas, las preguntas, las preguntas prohibidas? ¿podrán seguir adelante sin ver y sin querer ver?

Aquellos hijos de esos padres, ¿no se toparán con Jesucristo sin buscarlo siquiera, sólo por el hecho, maravillosa verdad, de que Él es y será y ha sido, de que Él está? ¿No podrá salir Él a su encuentro inesperadamente?

Volverán las preguntas y entonces habrá que acudir a la memoria, custodia de todas las respuestas y a los hombres que han custodiado en la fiel memoria la respuesta. Esos “memores” nos traerán noticia de la luz, ellos serán la luz más clara en medio de la tiniebla del olvido.

4. *Conversión de la memoria. Nostalgia y olvido*

Nos rescatará del olvido una memoria especial. “Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas” (Sal 146,3).

El hombre a menudo vive con respecto a la experiencia que hace de la vida de dos modos: o intenta rechazar lo adverso y, para ello olvida, orilla, eludir... o se refugia en la nostalgia, idealizando un pasado y añorándolo hasta el punto de retenernos en él y no dejarnos vivir el presente y menos el futuro. O el olvido o la nostalgia. Las dos posturas tienen su parte de agresividad y de pasividad destructivas y aniquiladoras.

Pero, ¿cómo vivir lo adverso o como vivir el pasado cuando éste ha sido salvífico? ¿cómo vivir aquí y ahora sin olvidos y sin nostalgias?

¿Qué puede devolvernos la esperanza cuando el olvido nos ha esclerotizado o la nostalgia nos ha paralizado?

a) *La anámnesis litúrgica.*

¿Cuál será el camino hacia la esperanza? ¿Cuál será el camino para recordar que hemos sido y somos salvados, amados, recreados; cuál será el camino para recordar las piedras miliares de nuestra historia de salvación que nos rescatan de la desesperanza y la deshumanización?

El camino es la memoria, hacer memorial de nuestra salvación. La palabra hebrea *zikkaron* y *azkarah*³ de la liturgia pas-cual fue traducida por la griega anámnesis, significando igualmente “memorial”. Se recupera la esperanza perdida a través de una anámnesis litúrgica, como hacía el Pueblo de Israel (Lv 24,7; Nm 10,10; Sal 38,1; 70,1; Sb 16,6) o como aparece en el Nuevo Testamento (Mt 26,13; Mc 14,9; Mt 11,21; 14,72; Lc 22,19; 1 Co 4,17; 2 Tm 1,6; 2 Co 7,15; 1 Co 11,24.25; Hb 10,3; 10,32; Hch 10,4)⁴.

La anámnesis litúrgica vuelve al pasado, lo revive en el presente celebrándolo y nos impulsa con fuerza hacia el futuro, es un camino sagrado, verdadero, sanador y liberador. El hombre recupera la vida de la fe y, en ella, la propia vida humana, todos los entresijos quedan iluminados por aquella.

La oración central de la Eucaristía es una anámnesis, un recuerdo de la vida de Cristo, de su nacimiento, pasión, muerte, resurrección, ascensión y venida en gloria. A esto se une el recuerdo de la Virgen, de los santos, de los muertos, de los fieles que participan en el rito, esto es, la vida de la Iglesia a través de su larga historia...La anámnesis es un memorial perenne ligado a la persona misma de Cristo. Por esto es una memoria donde no recordamos solos, sino recordamos unidos en el amor de Cristo⁵.

¡La memoria sólo se puede salvar a través del Espíritu Santo! “Vendrá Él y os recordará todo” (Jn 14,26). Al Espíritu se invoca en la Eucaristía para que esa memoria sea eficaz, tanto por la transformación de los dones como por la transformación de la comunidad en la caridad y en el amor. La memoria es obra del Espíritu que nos introduce en la misma memoria de Dios, somos colaboradores suyos en el designio de salvación, participamos en su obra creadora, redentora, santificadora, a través de una magnífica liturgia en la que nos hacemos sabiamente

³ Cf. M. THURIAN, *La eucaristía* (Salamanca 1965) 33-34.

⁴ Cf. M. GESTEIRA, “Memorial eucarístico: rememoración y presencia de Cristo”, en: AA.VV., *Eucaristía y Trinidad* (Salamanca 1990) 45ss; *Id.*, *La eucaristía, misterio de comunión* (Madrid 1983) 393ss.

⁵ Cf. THURIAN, 77-78.

conscientes de la gracia otorgada y en la cual hacemos viva y eficaz la presencia de Dios en nuestras vidas Dios.

Y este Espíritu actúa en la Iglesia en la que actúa manteniendo viva esa memoria, en todo su dinamismo transformador eucarístico y extraeucarístico⁶.

Esta anámnesis que realiza el hombre en la liturgia tiene un valor más allá del acto puramente personal e íntimo. Se trata de recordar en presencia de quien es el objeto mismo del recuerdo, se trata de recordar a Dios lo que deseamos que él no olvide, nos ponemos delante de él para ser mirados, para estar en su presencia que es como decir estar siempre delante de él, en su memoria.

Así en la Liturgia pedimos al Señor:

“Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
no te acuerdes de los pecados
ni de las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor” (Salmo 24,6-7).

Necesitamos creer que somos recordados con infinita misericordia por Dios, que pese a todas nuestras desemejanzas el Señor nos reconoce, no aparta su mirada de nosotros y no nos olvida haciendo del olvido un exilio de su presencia, porque Él nunca cesa de amarnos y por lo tanto siempre estamos presentes –que ese es el recuerdo de Dios– en misericordia y bondad.

Esto es lo que afirma al hombre en la existencia, su confianza pese al límite y la certeza de su impotencia y le pone en el camino de la esperanza. Una sincera conversión a Él es un caída gozosa en su confianza y así no puede concebirse una vuelta a Él, un retorno sincero, sin confianza plena. Confiar en que Él está esperándonos, que su amor no tiene fin, es eterno, que no es mudable, que no se desdice, que no cambia, es una fuerza que atrae a Él, que nos hace ponernos de camino.

Volver a Él gracias a la memoria litúrgica es recuperar la luz perdida, la esperanza, que se asienta en la memoria, la vida que disipa las sombras de muerte.

⁶ Cf. D. BOROBIÓ, *Eucaristia* (Madrid 2000) 176.

Por lo tanto estamos llamados a hacer liturgia del recuerdo, anámnesis, pues será la memoria litúrgica la que convierta nuestra vida en una historia de amor, con origen, con proyecto y sentido. No basta recordar es preciso hacerlo ante alguien, por alguien y con alguien.

La Palabra de Dios, su perdón y la Eucaristía serán los espacios del Espíritu que hacen de nuestra historia humana una historia divina, que iluminan los pasos del hombre y los dan sentido, destino, los dan luz y fuerza, los conducen de la lejanía y de la infelicidad a la relación con Dios y a la alegría de su amor. La salvación, la sanación, la redención, la santificación y deificación tienen aquí el lugar de encuentro específico, pleno.

b) Anámnesis del perdón.

El hombre hace experiencia de pecado y de mal, tiene de ello constancia y es un hecho evidente que no puede orillar. Y a la vez, y por esa constatación anterior, tiene necesidad de salvación, imperiosa necesidad de ser perdonado, salvado, recreado, recogido de nuevo, reconocido como ser amado, querido. Misteriosamente el mal se constituye como el espacio donde sólo Dios tiene entrada y salva, con una intervención que sólo a él le compete. El pecado y el mal, ciertamente sentidos en el corazón humano como algo que nos resta humanidad y sentido de ser, se convierten en lugar de encuentro.

Sólo Dios puede perdonar los pecados del hombre (Lc 5,21) y a través de este perdón el hombre tiene certeza del amor de Dios. Experimentar el perdón se convierte en un momento de gracia en la vida de todo hombre, momento convertido en piedra miliar (Gn 31,45; Jos 20. 24,26), en piedra que señala el camino, que le hace transitable, que le dota de dirección y de calidad, de gravedad, la vida tiene mayor peso específico, se adensa, se concentra, queda medida con los varemos de una amor sin medida.

Y si esto es así tanto el acto del perdón, la reconciliación, como su memoria, talla en el hombre una nueva humanidad salvada, renovada, sabia y humilde que no olvida de qué amor nace y qué amor le da vida y vida abundante. Hacer memoria de este perdón es una disciplina del amor, que siempre es agradecido.

La Eucaristía guarda un espacio para esta memoria, para este perdón, para esta gratitud, en una sencilla liturgia del perdón que nos prepara a la celebración y al gozo. La Eucaristía entera es la memoria de un amor salvífico que perdona, que rescata del mal, del pecado y de la muerte, dando la vida, entregándola.

En la adoración ante el sacramento podemos hacer memoria de las piedras miliars de misericordia y perdón que nuestra memoria ha guardado en el corazón. El perdón de Dios y el perdón de los hombres, que tantas veces nos han devuelto a la vida y nos han recreado.

Un sencillo texto.

Dos amigos iban de camino hacia una ciudad. Mientras iban hablando se engarzaron en una fuerte discusión y uno dio una bofetada al otro. Éste se inclinó y escribió con el dedo en la tierra “Hoy mi amigo me ha herido”. Siguieron andando y viendo un río sintieron el deseo de lanzarse al agua a nadar. Así hicieron pero el curso del río era rápido y al momento uno de ellos comenzó a gritar porque se ahogaba. Al punto el otro lo asió bien y nadó con él hacia la orilla. Cuando se repuso el salvado corrió a buscar una piedra y en ella escribió: “Hoy mi amigo me ha salvado la vida”. Asombrado el amigo le preguntó al otro: “¿por qué hace un momento has escrito en la arena unas palabras y ahora escribe palabras en una roca?”. El amigo salvado que antes fue herido contestó: “Porque la ofensa primera debe ser olvidada...Pero que me hayas salvado la vida debo recordarlo siempre”.

c) La anámnesis de la Palabra.

Somos el pueblo de la Palabra. Las Escrituras relatan la historia de amor de Dios por el hombre, relatan una relación, la relación esencial y existencial; relatan un designio de amor inmenso, inabarcable, inconmensurable, infinito, abundante, de Dios hacia el hombre, ser creado, salvado, recreado, santificado en el Espíritu...

La Palabra nos crea de nuevo, hace nuevas todas las cosas, basta atenderla, escucharla, dejarla sentir en nuestro día a día.

Por eso si ella nos cuenta de modo totalmente luminoso nuestra historia, será preciso hacer memoria de la Palabra, del Evangelio de Jesús, de Cristo mismo que la pronuncia y es la

Palabra del Padre. Y hacer memoria de ella a través de un camino concreto:

Reconocerse en la Palabra: porque ella habla de mí y me habla a mí.

Reconocerle en la Palabra: porque ella me habla de Él.

Rumiando la Palabra: porque la Palabra quiero que entre hasta el último confin de mi persona.

Dejarse iluminar por la Palabra: porque es la luz el signo de la vida nueva.

Dejarse sanar por la Palabra: porque la vida que me llega de ella es abundante y regenera todo y riega la tierra en sequía y sana el corazón enfermo.

Dejarse recrear por la Palabra: porque ella nos resucita, porque la Palabra no puede dar vida que no sea eterna.

Hacer memoria de la Palabra que me fue dada, que tuvo un protagonismo absoluto en un momento de mi vida, que selló mi vocación, mi llamada, mi camino, que me sacó del error, del pecado, de la muerte, que me liberó, que ayudó a amar y a entregar mi vida... Ésta es otra piedra miliar que nos anuncia de la intervención de Dios cada día de nuestra vida.

En la Eucaristía la Palabra de Dios es la gran pedagoga del hombre, nos explica el misterio. La Iglesia acompaña a los hombres que van de camino a Emaús y les explica las Escrituras. Así la Palabra, celadora del misterio más grande, se hace sin embargo alimento cotidiano para el hombre, luz en su camino.

También en la adoración la Palabra se nos revela en toda su riqueza contemplándola a la luz del misterio eucarístico. Nuestro canto íntimo tiene en la Palabra el almacén donde la verdad reposa y el encuentro entre el hombre y Dios se convierte en diálogo, en dulce aria con voces del cielo y de la tierra.

5. *Eucaristía, memoria de salvación*

La Eucaristía es la piedra miliar por antonomasia. Cada Eucaristía nos recuerda viva y eficazmente el cenit de nuestra salvación. De ella brota la fuente de toda esperanza, en ella releemos la historia del pueblo de la promesa, de la esperanza, que inició la pascua, el paso del Señor por la historia humana; en ella comulgamos con Cristo, hacemos memoria de la promesa y

de su venida, de su sacrificio y ofrenda por nosotros y con él participamos en la vida eterna.

Es un memorial inmenso que contiene todo lo que nos da vida y vida abundante (Jn 10,10) por ello es la liturgia clave de nuestra peregrinación donde está recapitulado todo el sentido de nuestra relación absoluta con Dios y con los hermanos.

Alimento, oración, acción de gracias, alabanza, de peregrinos, podemos decir que la misma vida del creyente, toda ella, no es sino una Eucaristía, una misa alargada en el tiempo porque en comunión con Cristo, en comunión con toda la Iglesia, es el modo de vivir del cristiano.

En la Eucaristía está todo lo que el hombre debe recordar y como lo debe recordar para que la memoria de ello sea salvadora.

“Haced esto en memoria mía” (Lc 22,19). Si el pueblo de Israel celebraba cada año la pascua y exigía un ejercicio de memoria del hecho salvífico con el fin de ser transmitido a las generaciones futuras –“se lo recordarás a tus hijos, estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado” (Dt 6,7)– Jesús pide, manda, al nuevo pueblo que recuerde todo lo que Él ha hecho, que repita incluso sus mismas acciones, *haced esto*, esto concreto, lo que veis que he hecho, vosotros que sois mis testigos. Y que lo hagan para memoria suya⁷.

*Así en cada Eucaristía hacemos memoria de Jesús al Padre*⁸ para que recuerde lo que Jesús ha hecho por nosotros por amor suyo. En Dios no cabe el olvido. Pero es impresionante asistir a la súplica, al gemido del hombre el hombre. Un clamor, reconociendo a Jesús como su único valedor, reconociendo que todo ha sido obra de su amor al Padre, reconociendo con inmensa gratitud que él ha abierto el camino de retorno. Y al narrar al Padre lo que hizo el Hijo el pueblo se compromete con el recuerdo que aviva la esperanza. Al final decimos “acuérdate, Señor, de tu Iglesia”, acuérdate también de todos nosotros, el otro gemido humilde del hombre ante Dios pidiéndole que no le olvide.

⁷ Cf. THURIAN, 27-40; 1191ss; GESTEIRA, “Memorial”, 88.

⁸ Cf. J. JEREMIAS, *La última cena* (Madrid 1980) 261-273.

Y en cada Eucaristía recordamos a Jesús, lo que Él mismo ha hecho por nosotros, los hombres. Por uno y otro camino nosotros hacemos memorial y memorial litúrgico, es decir, no es una simple memoria de hechos ocurridos en el tiempo sino una liturgia la cual trae al presente el pasado ofreciéndonos la misma gracia que entonces fue otorgada. Recibimos el don y sus frutos, todo aquello que entonces fue ofrecido a los discípulos. Somos los “memores”, los que recordándole le mantenemos vivo en nosotros, mantenemos vivas sus palabras, su vida entera, su persona... Su recuerdo es algo constante que da fuerza y alegría a nuestra existencia. Se recuerda a quien se ama.

Ese recuerdo es el ámbito de la comunión con Cristo y ese recuerdo litúrgico nos lleva a la comunión espiritual y eucarística con el Cristo total, cabeza y miembros, nos transforma la vida. Él vive en nosotros, nosotros vivimos en Él.

Y en la Eucaristía Cristo se acuerda de nosotros y vuelve a darnos su pan y su vino, su carne y su sangre. Él está presente y nos mira como en el cenáculo de Jerusalén miraba a sus discípulos y se dirigía a ellos como un amigo habla a su amigo.

“La anámnesis es un revivir las cosas que han y que no han pasado. Volviendo a la eucaristía, en ellas somos contemporáneos y copresentes a la muerte y a la resurrección de Cristo. Por lo tanto, en la eucaristía experimentamos cómo Cristo se acuerda de nosotros. La verdadera memoria es una apertura a la eternidad del mundo en Cristo. La anámnesis es un recuerdo transfigurado según los ojos de Dios de un pasado que no se ha perdido, pero que conservamos en su verdadero sentido unido a Aquél que mantiene todo en sus manos”⁹.

Por lo tanto la anámnesis eucarística no es sólo una labor de los que estamos en el camino, la Iglesia del cielo nos acompaña. La Trinidad está presente y nos contempla y escucha, nos manda su gracia y nos acompaña.

En la anámnesis litúrgica están presentes la Palabra de Dios y el perdón de los pecados, la relación con Dios y la relación con los hermanos, en ella se hace memoria sabiéndose miembro de un cuerpo que tiene por cabeza a Cristo y por miembros a cada hombre. Es el Cristo total quien recuerda, quien hace

⁹ M. I. RUPNIK, *Dall'esperienza alla sapienza* (Roma 1996) 78.

memoria; es en el Cristo total por donde fluye la corriente de gracia y de comunión y llega hasta los confines de ese cuerpo¹⁰. Nos sabemos uno en una historia común que nace en el seno de la Trinidad y a ella vuelve a través de un peregrinaje histórico envuelto en un misterio de amor que es preciso conocer y tener presente a cada instante. ¡No somos seres aherrojados a la nada, sin origen y sin destino; no somos seres abandonados! El amor de Dios precede a todo, nos precede y por ello de él partimos, en él nos movemos (Hch 17,28) y hacia él vamos. Este amor es el que no podemos olvidar sin destruirnos a nosotros mismos y es este amor al que está orientada toda nuestra existencia. Hemos nacido para conocerlo y dejarnos amar por él.

Esto es lo que debemos recordarnos y conocer al detalle, desde la experiencia y la sabiduría, porque se ha experimentado y porque se ha saboreado.

Adoración eucarística: Todo acto de adoración es obra del Espíritu que nos dispone a recordar lo que se nos dio y se nos da cada día en la Eucaristía.

La Eucaristía es el centro. Todo acto de adoración a la Eucaristía nos encamina a participar más plenamente en el misterio pascual, del que es prolongación y referencia, a fin de reavivar la memoria litúrgica de nuestra salvación, recordar los *mirabilia* que se nos conceden en cada Eucaristía. Nos encamina a amar más a Cristo, a través de un encuentro y diálogo íntimo, por quien vamos al Padre en el Espíritu. Es adoración, contemplación y acción de gracias y a la vez es oración solidaria por todo hombre, especialmente por el más necesitado, más alejado, más débil; es oración por la paz y la justicia, por la salvación de todos los hombres, para que el conocimiento del amor de Dios llegue a todos; es el fortalecimiento de la fe, la esperanza y la caridad; es el espacio donde el hombre se dispone para la celebración del misterio eucarístico, reavivando la memoria de lo que en el mismo misterio celebra; es una oración de conversión y renovación; es una oración que debe lanzarnos al mundo como apóstoles...

¹⁰ Cf. A. GONZÁLEZ-MONTES, *Enchiridion Oecumenicum I* (Salamanca 1986) 504-514.

De nada serviría la adoración eucarística sin celebración y participación en ella y de nada serviría la adoración eucarística sin un compromiso en la vida.

II. VARIACIONES SOBRE UN TEMA

El tema del Oratorio ya está ofrecido, sobre él nuestra comunidad muestra algunas variaciones que pueden guiar la adoración eucarística. Serían pues variaciones sobre un tema, el de la Eucaristía como memorial de la pascua. Se podría haber elegido otro: presencia transformante, banquete fraterno, Espíritu Santo, sacramento del sacrificio, Iglesia... Lo cierto es que cada adoración nos abrirá la mirada hacia toda la amplitud del misterio y tomando un único tema, sin embargo, todo lo demás seguirá girando alrededor, ofreciéndose con abundancia.

Presentamos diversos modos de realizar una adoración eucarística. Se puede dilatar en el tiempo cada propuesta, recortar, elegir sólo una parte, recoger el tema y desarrollarlo de mil formas diversas... Lo único que puede permanecer es el *cantus firmus* de la memoria pascual, lo demás son contrapuntos necesarios para hacer rica o acercar la misma melodía, enfatizarla, remarcar sus notas más reconocidas, más definitorias.

1. *Liturgia en camino. Una peregrinación hacia la adoración eucarística.*

a) Tiempo y espacio.

Estamos en el exterior, en un camino, rodeados de la naturaleza, alejados de la población. Rumiamos en nuestro interior una lejanía ya sea nuestra ya sea de cualquier hombre de hoy y así partimos. Peregrinamos hacia el lugar donde vamos a adorar, en el último tramo de la meditación. Y nuestro paso no es desvaído, flojo, de paseo, es decidido, firme, activo, de peregrino. Requiere este encuentro mucho tiempo, una tarde, una mañana, un día...

b) Lectura evangélica: Lc 24, 13-35. Los discípulos de Emaús.

c) Primer momento meditativo: el hombre y sus lejanías.

Somos herederos de la distancia. Emaús es la narración de un distanciamiento frustrado, un paradójico distanciamiento: mientras más se alejan de Jerusalén más cercanos están de la vuelta a ella. En ese alejamiento físico se está efectuando una conversión, un retorno espiritual, pues físicamente se están alejando pero el corazón cada vez está más cerca de lo ocurrido y de lo que ocurre en Jerusalén. Por lo tanto hay dos caminos contrapuestos, contrarios pero la ida y la vuelta se están dando al unísono.

Ponemos nuestra atención en la lejanía, en el alejamiento de estos discípulos de Jesús.

La visión y experiencia de la pasión y muerte de Jesús ha tenido un efecto de shock fortísimo en los más allegados, en los más cercanos. El tiempo que han vivido con Jesús ha sido intenso, un encuentro inédito en sus vidas. Él era el esperado y el que ha sobrepasado con creces sus expectativas. Han sido sorprendidos totalmente y el encuentro les ha transformado plenamente, por dentro y por fuera, ha cambiado sus vidas.

Ahora, ante la muerte, ante la ausencia de Jesús todo ha perdido sentido y valor. Es como si sus vidas se hubieran detenido en seco en el camino. Se ha detenido y está retenida la existencia por el dolor, por el paroxismo de dolor experimentado ante la muerte.

Nada del pasado se sostiene ya sobre suelo firme, todo tiene la apariencia de un sueño, de algo ilusorio, que se ha esfumado en un instante. Es mejor no volver la vista atrás, no hay fuerzas para ello siquiera, porque lo único de lo que son capaces es de sobrevivir, retenidos, anclados, fijos en un punto, muertos aún en vida. Es el efecto de la experiencia del dolor.

El dolor provoca el olvido y la desesperanza. Se olvida todo, el pasado. Se olvidan las tradiciones y las certezas, las promesas hechas por el Señor que les alentaron a caminar; se pierde la esperanza, el porvenir, la posibilidad de caminar hacia delante. Se quiebra nuestra memoria.

El olvido y la desesperanza tienen diversas manifestaciones. María ha olvidado pero el amor le obliga a buscar al Amado. Los discípulos han olvidado y les asedia el miedo.

Tomás ha olvidado y por ello le atenaza un duro escepticismo.

Los discípulos de Emaús han olvidado las promesas y, movidos por la decepción, se marchan, se alejan.

Todo es fruto del dolor y del olvido.

d) Segundo momento meditativo: el Dios que sale al encuentro del que se va.

Jesús va a remediar de nuevo nuestro dolor y con ello va a restaurar la memoria.

En los evangelios Jesús se inclina muchas veces, se abaja para ver o mirar la realidad como la ve el hombre. “¿De qué hablabais mientras ibais de camino?” (Lc 24,17). ¿Cómo está vuestro corazón, qué lleváis en él?

La Encarnación es el principio de una kénosis que tiene su cumbre en el calvario y que revela el modo de acercarse Dios al hombre: sometándose, inclinándose, abajándose...”. Se sometió incluso a la muerte” (Flp 2,8).

Ese sometimiento es voluntad del Padre y es condición del amor, de todo amor, sobre todo, del amor al indigente, al pobre, al caído. El amor nos lleva a inclinarnos hasta el lugar del hundido. El amor excesivo, abundante, llega hasta la locura. Busca al que se aleja, carga en sus hombros al caído, levanta al desvalido... nunca pasa de largo.

Por amor, Jesús resucitado vuelve a inclinarse ante el hombre, satisface sus deseos, les saca del escondrijo, les va a buscar mientras huyen...

Esta es una kénosis nueva de Jesús, como lo es presentarse a Tomás y plegarse a su deseo: “Ven, toca, porque has dicho que si no hacías esto no creías... (Jn 20,27) y quiero hacer todo lo posible para que creas... pues, ven, toca. Haz lo que deseas, con tal de creas”. Como lo hace con los discípulos escondidos, cerrojos echados, llenos de miedo. Ha entrado hasta el fondo de nuestros íntimos y recónditos escondrijos humanos. Hasta nuestros escondites favoritos, elegidos libremente, o buscados por una insufrible impotencia. Se agacha de nuevo.

Ahora, con los dos discípulos de Emaús, se hace caminante, sale a los caminos, a buscar a los que desertan. Es un gesto de amor tan espléndido que en él destella humildad y paciencia,

fortaleza y coraje, ofrecimiento total de nuevo y siempre, ahora y mil veces más.

Emaús es por ello una catequesis pastoral.

Es preciso salir a los caminos, al encuentro de los hombres, porque ya no van a venir en masa hacia nosotros, porque no les tenemos reunidos frecuentemente en nuestras iglesias, porque ya no hay aglomeraciones... Muchos, muchos, han iniciado el camino del alejamiento, de modo radical o paulatinamente, se han ido alejando.

Y en su lejanía, tantas veces compartidas por muchos, van mascullando palabras de desconsuelo, de decepción y de desesperanza.

Recuerdan tenuemente lo que tuvieron y lo que les ha defraudado de ello. Aún está reciente el don recibido que acaban de abandonar.

Hay que buscar al hombre y hay que buscarle en sus caminos, en su campo. Es el camino de la duda, la desesperanza, la lejanía. Aunque estemos muy a gusto y cómodos en el aquí nuestro, en nuestra vida preservada, en nuestro nido acogedor, rodeados de los pocos que todavía permanecen.

Es preciso el éxtasis: salir.

Y es preciso también iniciar el encuentro desde la pregunta no desde las aseveraciones. Iniciar la pregunta del diálogo, abriéndonos al otro, que es el protagonista. La pregunta, porque se parte de lo desconocido que se desea conocer y ese es ya un primer punto de encuentro.

Jesús, de nuevo, inicia el encuentro, como siempre. El diálogo entre Dios y el hombre siempre ha sido iniciado por Dios: “Adán, ¿dónde estás? (Gn 3,9)... Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? (Gn 4,10)... ¿Qué buscáis? (Jn 1,38)... Mujer, ¿a quién buscas? (Jn 20,15)... ¿Qué hablabais mientras ibais de camino? (Lc 24,17)”.

e) Tercer momento meditativo: una Eucaristía itinerante. El papel de la memoria.

Y el Señor vuelve al camino, un breve camino que recopilará toda la historia de salvación, porque para seguir hacia delante es imprescindible saber el origen, de dónde se parte. “El mañana se llama ayer”.

Jesús hace una lectura del acontecimiento actual retomando toda la tradición, es decir, les va haciendo comprender todo lo que habían recibido a través de los profetas y cómo todas las escrituras no hacen sino revelar a Cristo. Y el mismo Cristo las desvela, no tenían otro sentido que revelar el amor de Dios al pueblo de Israel y anunciarles al que había de venir. “Lo que decían de Él todas las Escrituras” (Lc 24,27). Sobrecoge ver que en estos momentos está concentrado el tiempo en este punto, concentrado todo en la persona de Jesús, toda la historia humana. Y es el mismo Jesús el que lo desvela, el que nos hace la catequesis de la salvación, el que explica lo sabido pero aún no experimentado. Es el momento de la anámnesis, está convirtiendo la conversación por el camino en un acto de verdadera liturgia: ellos iban decepcionados por lo ocurrido. Junto a la decepción aparece incluso la nostalgia. “Nosotros pensamos que...” (Lc 24,21) Jesús les lleva por el camino del recuerdo sanador, la anámnesis.

Gracias a las escrituras se recupera la memoria y se siente en ese “¿no ardía nuestro corazón...?” (Lc 24,32). La Palabra reaviva el rescoldo, alienta el fuego, lo alimenta. La recuperación de la memoria va a hacer de la noche un claro día. El día ya ha declinado pero una luz va a arder en nuestro corazón y va a iluminar el camino.

Jesús hace memoria, trae a la memoria...porque el dolor les hizo perder la memoria histórica, religiosa, que estos hombres tenían porque eran fieles creyentes judíos. Y la pérdida de memoria les hizo perder la esperanza.

En la Eucaristía el valor de la Palabra es éste, recuperar el sentido antiguo. Releer la historia, la nuestra, la de nuestro pueblo.

Finaliza todo este alejamiento con una Eucaristía porque ya él había dicho que hiciéramos aquello en memoria suya (Lc 22,19), que haciéndolo, partiendo el pan y bebiendo el vino, él se hacía presente allí mismo, donde estuvieran los discípulos reunidos (Mt 18,20), por la fuerza del Espíritu. Volvía él. Aquél era su cuerpo y su sangre. Volvía él.

Los de Emaús le dicen las palabras: quédate con nosotros (Lc 24,29)... y él se queda como dijo que se quedaría, siempre con nosotros, en el pan y el vino, hasta el fin del mundo (Mt 28,20).

Quédate y él como signo de su presencia parte el pan.
Quédate y como signo de su amor se revela, se desvela.
No puede contener Jesús tanto amor desbordante, tanto perdón, tanta misericordia.

f) Cuarto momento: adoración ante el Sacramento.

Hemos llegado a un lugar cerrado, una pequeña ermita, una iglesia, nuestra propia casa y allí exponemos y adoramos, en silencio, contemplando el misterio que abrió los ojos de los discípulos y comprendieron todo, las escrituras, la cruz, las promesas olvidadas se recordaron.

g) Quinto momento: meditación de despedida: volver la espalda.

Antes de terminar y de partir cada cual a su lugar.

En este relato evangélico se nos muestra un camino de retorno, se da la espalda al camino que el hombre elige cuando se aleja de Dios. Hacia Emaús es el camino de la desesperanza y del olvido de Dios, es el encuentro con el resucitado lo que nos hace volver.

La Eucaristía así se nos presenta como un encuentro con el resucitado y es el quien obra la conversión interior.

Parte el pan y se les abren los ojos y le reconocen. Parte el pan y comprenden las Escrituras. No al contrario ¡Gracia de la Eucaristía! Camino de conversión.

Comienza así el camino de vuelta, los sesenta estadios se recorren a la carrera. La Eucaristía termina con un envío, se sale al mundo, se va a él de una manera nueva. Se va urgido por el Espíritu a la carrera, es decir sin detenerse, sin quedar retenido en nada sino urgidos por la necesidad de comunicar al otro el encuentro habido.

Volver la espalda al camino errado.

Volver al corazón.

Volver al origen de todo. Volver al fundamento.

Recordar, éste ha sido el objetivo conseguido en este encuentro de resurrección.

“¿No es verdad que el corazón nos ardía cuando nos hablaba?” (Lc 24,32) El corazón es el primero en recordar, en reconocer, la sede de la vida, el que indica que se comienza de nuevo a vivir.

2. *Liturgia de la luz*

a) Tiempo y espacio.

Es noche cerrada y el silencio, la oscuridad, la luz del cirio Pascual y de las velas, sostiene este encuentro. Fuera, tras los cristales, es posible distinguir las pequeñas luces nocturnas, las estrellas, y las otras luces, más cercanas, cobrizas, amarillentas, blancas... de las casas del pueblo, de las farolas de sus calles... La luz siempre disipa las tinieblas, hace la noche más liviana, trae recuerdo del día y lo invoca, de algún modo. La luz es un regalo. La Luz siempre, siempre, es gracia.

b) Primer momento: lectura de Apocalipsis 1,1ss.

c) Segundo momento meditativo: "Yo soy la luz del mundo" (Jn 8,12).

Él es la luz y siembra claridades. Él vino a romper nuestras cegueras, iluminar nuestras tinieblas, disipar las sombras de muerte

Es la luz y nos deja la luz. Es la luz y nos hace a nosotros luz, dirá de nosotros, sus discípulos, lo mismo que dice de sí: "vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5,14).

d) Tercer momento contemplativo:

En silencio y susurrando una canción ponemos la mirada en Él, centramos toda la mirada, de la mente, del corazón, de los sentidos, de toda la persona, sobre Él.

e) Cuarto momento: recoger la luz y la Palabra viva: "vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5,14).

Desde el principio del acto está el cirio encendido junto a la custodia, en este momento quien lo desee enciende su candela, una pequeña vela, de la luz pascual y la mantiene encendida mientras dura la oración.

Nos llevamos el testigo de esta oración, la pequeña candela que nos recuerde el don recibido.

3. *Liturgia de la memoria*

a) Tiempo y espacio.

La luz del alba. Entra por la ventanas de la pequeña capilla y se derrama, tímidamente, pero clara y diáfana, por el blanco mantel del altar y se fija destellante en la custodia. Y en el blanco pan... El blanco pan también resplandece. Hoy, Él nos llama por nuestro nombre, para hacernos recordar, y nosotros respondemos en el silencio orante ¡Maestro! (Jn 20,17) La palabra de reconocimiento. Como la primera mañana de pascua...

b) Primer momento: lectura de Apocalipsis 2,1-7.

c) Segundo momento meditativo:

El olvido de Dios. Junto a la lectura indicada podemos añadir otra, por ejemplo Mt 21,33-43. 45-46. “Tengo contra ti que has olvidado tu amor primero...” (Ap 2,4) Se nos avisa, ante la “muerte de Dios”, su olvido, de la pérdida de la luz, de la pérdida de la vida y de la retirada del don, la luz, la vida, el reino.

d) Tercer momento meditativo: el recuerdo.

Repasamos las maravillas de Dios en la vida del Pueblo, de la Iglesia, en nuestra propia vida.

- recordamos nuestro nombre, aquél que me reconoce, con el que me reconocen y en el que me reconozco.
- recordamos el nombre de Yahvé, sus maravillas, el acontecimiento salvador de un Pueblo.
- recordamos a Yahvé sus promesas.
- recordamos a Cristo, el Señor. “En memoria mía” (Lc 22,19). Hacemos memoria de Jesús, de sus palabras y sus obras, de su misión y su misterio, de su pascua.

Como ayuda podíamos tener en las manos las anámnesis del canon eucarístico y al hilo de ellas y guiados por ellas ir descubriendo los miravilia de Dios en la propia vida.

El ritornello de esta parte será “acuérdate”. Acuérdate dirigido a nosotros mismos y acuérdate dirigido al Señor... “Acuérdate, Señor de tu Iglesia”.

e) Cuarto momento de oración. Con sencillez damos gracias por el don recibido.

4. Liturgia de la conversión

a) Tiempo y espacio:

“Atráenos, Señor, para que volvamos”. Volver es una gracia. Los momentos anteriores a la adoración nos hacemos conscientes de que el Espíritu ha hecho maravillas en nosotros, que es obra suya recordar, hacer memoria, y volver. Que es obra suya la eficacia salvadora del sacramento... Por eso en este mediodía, con un sol ardiente y con un viento solano impenitente, damos gracias al Señor por dejarnos su Espíritu que nos atrae hacia Él con fuerza y con dulzura, en medio de nuestros frío y nuestros ardores, en nuestros esfuerzos y en nuestras desesperanzas...”. ¡Ven, Espíritu Divino!”.

b) Primer momento: lectura de la Palabra de Dios. “Viendo Jesús que tenía que pasar de este mundo al Padre...” (Jn 13,1).

c) Segundo momento: pequeña meditación.

En la Eucaristía celebramos el paso del Señor de este mundo al Padre, la pascua que nos ha dado la vida. Por eso en este momento de adoración eucarística pedimos al Señor que nos haga entrar con Él en ese camino de salvación, que es un espacio de conversión, de tránsito, de paso del pecado a la gracia, de la noche a la luz, de la esclavitud a la liberación.

Un signo de este paso podría recordárnoslo... Una vasija rota junto a otra perfectamente conservada... Un vaso con agua turbia y otro vaso con agua limpia...

d) Tercer momento: las tres peticiones de perdón que nos abren al tránsito interior.

- Por haber olvidado el amor, fundamento primero: *Kyrie*.
- Por habernos alejado de Dios: *Christe*.
- Por querer ser nosotros los dioses: *Kyrie*.

e) Cuarto momento: la reconciliación.

El signo más evidente del paso de la muerte a la vida es el amor. Donde hay amor ahí está Dios. Está es la prueba de fe capaz de convencer al incrédulo. Es el signo de vida más pode-

roso. Junto a la custodia al final, en el último instante de adoración, se dejan unas flores.

5. *Liturgia de comunión*

a) Tiempo y espacio.

La tarde está cayendo. Hace un frío de muerte. No, de invierno castellano. ¡Ah, invierno inolvidable de 2005 en Tierras de Campos! Arrebujadas en las capas contemplamos al Señor expuesto. Por la ventanas, tras la custodia, vemos nevar copiosamente. Nieve blanca. ¡Si este pan llegara a todos... a los que tienen hambre... a los sin techo... a los abandonados... a los pobres más pobres de la tierra... ¡ Si llegara cubriendo su desnudez, su hambre, su desamparo... ¡Sí, llegará! Pan de misericordia danos un corazón lleno de ella para hacerte llegar, para hacerles llegar el amor...

b) Primer momento: lectura de la Palabra. Jn 17,1ss.

c) Segundo momento meditativo:

En el pan contemplamos el Cuerpo de Cristo. En Él está presente el Cristo total. La Cabeza, Cristo y los miembros, dispersos por todo el mundo. Abrimos la puerta de nuestro corazón y de nuestra capilla y de nuestra casa a todo hombre: al explotado, al deprimido, al solo y al desamparado, al emigrante, al pobre... con el diferente, el extraño, el otro.

Esta adoración eucarística podría estar abierta a todos aquellos creyentes que no pueden acercarse al Sacramento y comulgar por su condición de divorciados vueltos a casar o con otras situaciones de irregularidad.

Hemos colocado en la capilla frutos de todas clases, pan y vino, instrumentos de trabajo como signo de que todo es ofrecido a todos y de que todos estamos comprometidos en la transformación del mundo para que en él reine la justicia y la paz, la fraternidad humana, el amor.

d) Tercer momento meditativo: se leen la Plegarias eucarísticas II y V/b.

Sentir la Iglesia como “el recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”.

Requiere un compromiso no sólo de ser acogidos en la celebración sino de un posterior acompañamiento o ayuda concreta y efectiva por parte de todos aquellos que abren las puertas a la comunión.

e) Cuarto momento: terminamos la adoración recitando con un gesto de unidad el Padrenuestro.

III. EL CONTRAPUNTO MUSICAL

La meditación sobre la memoria pascual la he concebido como un Oratorio eucarístico en el cual no sólo el texto como *cantus firmus* tendrá la importancia decisiva y grave de soportar el peso de la obra sino la música. La adoración es un conjunto armónico de silencio contemplativo, de palabra salvadora, de canto con el que el corazón humano expresa más allá del límite de la palabra, se hace respuesta inefable, y así en medio de la celebración es gemido orante, balbuceo, murmullo, grito, revelación misteriosa de todo lo que el hombre quiere decir y no llega a expresar.

Los cantos propuestos son pequeñas respuestas oracionales para intercalar en la adoración eucarística escogidos de las secuencias de Taizè y de cantos propios de la comunidad compuestos o bien por alguna de las hermanas o bien por Javier Moreno Abad, laico de la Fraternidad de la Conversión y compositor de la música de la comunidad. Estos son cantos inéditos que salen publicados por primera vez en esta Revista.

No llevan ningún orden, pueden ser elegidos con total libertad para cada celebración propuesta según la necesidad y la personal organización de quien la lleve o dirija.